Literatura del siglo XX y cristianismo (1)

por Manuel Alvar

La publicación de este libro, primer volumen de una serie de seis, ha de considerarse como un acontecimiento. Su alcance no está en el valor intrínseco de la crítica—aunque ésta sea de muy buenos quilates—, sino en algo que trasciende mucho más y a lo que intentaré acercarme. Siete autores (Camus, Gide, Huxley, Weil, Greene, Green y Bernanos) figuran bajo la rubrica general de *El silencio de Dios*. Son gentes venidas—o halladas—de campos muy distantes y tratadas, también, de formas diferentes.

A Camus se le dedica el estudio más largo. Acaso el mejor. Es ejemplar la claridad, y caridad, con que un sacerdote católico se sitúa ante el mensaje de un hombre de la otra acera. No a husmear herejías ("afortunadamente, de eso se encargan otros ¡y bastante mas de lo que sería de desear!", p. 29), sino a valorar las armas que la "honradez desesperada" usa ante el apocalipsis. Pero en éste, como en todos los demás casos, el libro es mucho más generoso de lo que el enunciado general nos dice; hay, sí, el tema capital en torno al silencio de Dios, pero subsidiariamente muchas cuestiones ya no teológicas, ya no filosóficas, sino de crítica literaria o de sensibilidad espiritual. Y en Camus toda esta problemática se llama teoría del sufrimiento, búsqueda de la dicha, exaltación del hombre colectivo, incredulidad. Todo ello transido de luminosidad mediterránea y, desgraciadamente, cegado por "la negativa a superar la razón sensible". El autor va siguiendo todos esos procesos en cada una de las obras de Camus (*Noces, Calígula, Sisyphe, Le Malentendu, Les Justes, L'homme révolté*) y, sobre todo, *La peste*. El análisis de esta obra, elevada "a la altura de una epopeya", está hecho con una perfección raras veces alcanzada; al leer las páginas que Moeller le consagra, se piensa —una y otra vez—en hombres para nosotros muy queridos: Antonio Machado, Unamuno, Baroja, y por eso hemos de lamentar el silencio que el autor guarda frente a la literatura española (cita alguna vez a San Juan de la Cruz, a Santa Teresa), que podría haberle iluminado de forma ejemplar muchos de sus caminos. Y acaso mejor que otros testimonios, puesto que no hubiera partido de situaciones deliberadamente "anti", sino de posturas que se han ido distendiendo por desencanto. Y ésta, ¿no es una grave responsabilidad de los católicos? ¿No es un problema nuestro, de todos, a considerar para que no se repita? Las conclusiones—escuetamente limitadas por mí—podrían resumirse en algunos enunciados de la página 102: "Un cristiano *debe* aprobar lo esecial del pensamiento de Camus", si éste se resume en una frase de *La peste*: la "verdadera generosidad para con el futuro consiste en dárselo todo al presente"; en tanto que el fallo de Camus es su descuido hacia algo que no sea dado por la dicha sensible y que nosotros vinculamos a la fe. Una parte del estudio, fundamental ("El diálogo entre Camus y los cristianos"), aboca a nuevas conclusiones. De la generosidad con que los problemas están vistos, del amor hacia quien no milita en las mismas filas, pueden dar testimonio estas palabras: "Si Camus rechaza a Dios, su obra muestra que rechaza a alguien a quien no conoce, mientras que los cristianos, cuando pecan, rechazan siempre a un Dios que conocen"; y concluye Moeller: "¿Cómo no amar a un hombre que ha escrito estas líneas?: "En los hombres hay más motivos de admiración que de desprecio" (páginas 122 123).

El estudio dedicado a Gide está hecho con una gran devoción hacia la persona. Asistimos con emoción a la lucha del alma en cada uno de sus avatares y nos duelen sus angustias tras

ALBERT CAMUS

el pecado. Sin embargo, pienso que el valor del *Journal*, como el de todos los diarios, es muy relativo. Por ejemplo, Gide desciende hasta el cinismo o hasta límites muy próximos a la procacidad; sin embargo, calla cosas decisivas en una vida: la hija habida fuera del matrimonio. Por eso será siempre muy difícil llegar al absoluto conocimiento de la verdad a través de esas páginas, por otra parte nada escasas. Salvado este escollo previo, hay que reconocer la belleza y rigurosa precisión filosófica del estudio dedicado al autor de *La puerta estrecha*: un camino tortuoso, lleno de zozobras y dolores, salpicado de cinismo (¿cómo no recordar ahora—cal, arena—al Gide que Alberti nos presenta en *Imagen primera de* ...?). Una y otra vez, el autor deja los problemas en el aire: la esperanza, siempre nueva y siempre ansiada, de ver volver—allá lejos, sobre el camino, la tenue nube de polvo—al hijo pródigo; pero este hijo pródigo de sensibilidad exquisita, de finura impar, cuya "reflexión no fué jamás profunda ni robusta", pasó sus crisis (Argelia 1893, la decisiva de 1918), rompió con el cristianismo (1926), se convirtió y desconvirtió al comunismo (1936-1937)... pero, al fin, el hijo pródigo no volvió. Todo el estudio deja en una terrible duda, en una angustiosa desazón. Acaso por la maestría de Gide en no entregarse nunca, o en entregarse según la persona (vid. p. 178), con lo que sus testimonios serán muchas veces frívolos o escasamente válidos; por eso la duda en que nos dejan tantas y tantas páginas del *Journal* o de buena parte de su obra.

Casi todos los autores están retratados en el libro—aplaudo el criterio—. Las fotografías son, habitualmente, espléndidas. La de Gide merece ser comentada: bastante falsa en su rebuscada negligencia; bastante pedante ese interruptor de luz—decoración única—a la altura de las sienes.

En Huxley ve el autor "la religión sin amor". Dos vertientes descubre en la obra del novelista inglés: la "humanista" (culminada en *Contrapunto*, 1928) y la "mística" (con la *Filosofía eterna*, como obra más característica). Hay una clara diferencia entre este estudio y los anteriores. Huxley, decididamente, no atrae a Moeller: "Huxley es hermano de Salustio y de otros espíritus honrados pero superficiales" (p. 245). El puritanismo, el relativismo modernista (nueva metamorfosis del gnosticismo herético), el cerebralismo, la liviandad crítica, etc., etc. alejan definitivamente al escritor del mundo espiritual de su crítico.

Algo parecido ocurre con Simone Weil, aunque aquí la personalidad humana de la escritora arranca auténtica admiración. Moeller ha debido luchar ahora con algo mucho más doloroso que en el caso de Huxley, porque la escritora judía buscaba angustiosamente a Dios por caminos errados. La caridad heroica y las gracias místicas recibidas hacen amar hondamente a la persona y desgarran al tener que condenar la obra. Lo extraordinario es que esta mujer, educada en el agnosticismo, e incluso en el ateísmo, encontrara al cristianismo en 1934. Sin embargo, lo más raro es que partiendo de una especie de neo-estoicismo se haya llegado a la vieja herejía de los cátaros medievales o del maniqueísmo antiguo. El "mensaje válido" de Simone Weil fué "adherirse al sufrimiento del mundo, no evadirse de él, sino aceptarlo" (p. 347); el resto de la doctrina, caído en la herejía, está alimentado por un sensualismo secreto y concluye en teorías reprobables. Esto no quiere decir que Weil "sea una hereje perversa y consciente", sino "una víctima de su soledad intelectual" (p. 349). Bien merecen ser copiadas unas líneas de Moeller que atañen, directamente, a muchas cosas que nos interesan: "pienso que, en el Paraíso, estará más cerca de Dios que muchos cristianos" (p. 345).

Graham Greene, convertido al catolicismo en 1927, se nos muestra como "el mártir de la esperanza". Toda su obra está obsesionada por la idea del pecado. Pecado en un siglo de crueldades inauditas, en un mundo turbulento, en unos hombres que se encaran, frente a frente, con el mal. Toda su obra va creciendo en pesimismo, pero no contra el hombre, sino contra los hombres: contra los mesianismos políticos y contra los mesianismos sociales. Por eso en sus obras verbenean los inadaptados, los "monstruos tarados" heridos por un mundo hostil: inequívocamente pensamos en Baroja; ¡lástima que su nombre y su dilatada experiencia no se hayan usado! De ahí que los héroes de Greene se muevan bajo obsesiones condicionantes: pobres víctimas que temen de todo y que, sin embargo, ¿lo saben?, están cuidadosamente veladas por la mirada de Dios. Alguna de sus criaturas, Scobie, trazada con líneas magistrales, ha encontrado perfecta correspondencia en la interpretación del crítico. En definitiva—uno u otro plano—esperanza y caridad son móviles que, por presencia o por ausencia, tejen la urdimbre de las novelas de Greene y ambas virtudes teologales están implícitas en una exhortación: no juzguéis. La salvación, por dicha, la da Dios y no los hombres.

Con especial cariño está interpretada la figura de Julien Green. También ahora estamos ante un converso, pero la obra de Green interesa especialmente "porque—son palabras de Moeller—el itinerario que describe se cruza en parte con el de Huxley y el de Simone Weil... Su vida cristiana da también testimonio del combate espiritual que Gide conoció" (p. 412). Es notable en el autor de *Moira* el sentido que para él tiene su conversión: "la vuelta a Dios le ha devuelto a su infancia". Sin embargo, esta conversión no fué nada fácil: en 1916 (antes de cumplir los dieciséis años) ingresó en la iglesia católica; entre 1918-1920 perdió la fe, que volvió a recuperar en su segunda conversión (1939). El sutil proceso del alma está finamente seguido a través de las páginas del *Journal*. La pérdida de la fe trajo como secuela en la literatura de Green el terror a la muerte, la fatalidad, y con ella una aguda percepción de las cosas; mucho más alucinada y trágica que en la mayoría de sus contemporáneos. Por eso no puede separarse la experiencia persona de Green de lo que sus novelas narran: dos testimonios que se completan y dos caminos igualmente válidos para conocer la intacta pulcritud de un alma.

Bernanos—"el poeta de la alegría"—nos trae, por un camino limpiamente claro desde un principio, el mensaje de muerte y de vida. Y su postura llena de alegría, dentro de su propia angustia o dentro de un mundo trágicamente deshecho, conducía necesariamente hacia el amor ("cuando yo me muera—habla tierna y bellísimamente—, decid al dulce reino de la tierra que yo lo amaba más de lo que nunca he osado confesar"). Y el amor le hace odiar "esa cosa innoble que es la guerra", monstruo que aniquila al amor. Tal es su gran mensaje: amor hacia las cosas; a veces haciendo que los protagonistas tengan muertes demasiado humanas, pero verdaderas, sin falseamientos melindrosos y sin mentiras piadosas. Trágicamente, si no hubiera una fe cubriendo las desazones postreras; desoladamente, si Dios no diera "la fuerza de esperar contra toda esperanza" (p. 539). Pensamos otra vez en Unamuno. ¡Cuánto de útil, de aprovechable, hay en don Miguel; cuán estérilmente tratado de perder!

Es libro es una clara prospección en busca de Dios por la obra de hombres muy distintos: ateos o antiteístas, gentes que marraron la senda y creyentes. Es ejemplar la valoración desde nuestra ladera de hombres que nunca llegaron a ella o que, decididamente, marcharon a la de enfrente. Al leer estas páginas de un sacerdote católico pensamos con cuánta frecuencia olvidamos la fe, la esperanza o la caridad. Pensamos en cuán ciegos somos a la luz de las virtudes. Precisamente, porque el olvido se nos lleva lo ecuménico de nuestra religiosidad y no queremos oír el mensaje del hombre, con toda su grandeza, con toda su diversidad; como si el "Homo sum" terenciano debiera mutilarse a nuestra mirada. Libro claro y sincero. Las cosas están nítidas para que nadie dude; por eso, justamente, se dice la verdad, aunque duela o escandalice a los pobres de espíritu: gentes que—tampoco ellas—lograrán llegar a la cumbre. Libro que es—tácitamente—una severa admonición contra todas las intransigencias o contra todos las tiranías del espíritu. Al terminar este comentario, bueno será copiar unas palabras de Julien Green, el escritor tan amado del autor: que ellas sean nuestro cotidiano memento y que ellas sirvan, a todos, de lustral confiteor: "Si tuviera que partir esta noche y se me preguntara qué es lo que más me conmueve en este mundo, diría quizá que es el paso de Dios por el corazón de los hombres. Todo se pierde en el amor y, aunque sea verdad que seremos juzgados según el amor, es igualmente indudable que seremos juzgados por el amor, que no es otro sino Dios. Yo creo que si se diera el nombre de Mal a la falta de caridad, en vez de abrumar al pobre cuerpo humano con esa maldición, se haría zozobrar a todo un falso cristianismo y, al mismo tiempo, se abriría el reino de Dios a millones de almas" (*Journal*, V, págs. 361-362).

* * *

Dos palabras sobre la traducción: Valentín García Yebra ha salido airosamente de su cometido. El prólogo es justo y suficiente. Creo que la lista de traducciones españolas se podría ampliar un poco; se ha deslizado algún galicismo o algún neologismo innecesario (absurdez, tragicidad, enrolados, invariante, controlable, integral por íntegro), hay algún error cronológico (en las págs. 134 y 143) o alguna falta de impresión (en la pág. 150). Si anoto esto es para demostrar mi hondo interés por la lectura del libro y a sabiendas de que nada significan para 557 páginas, en las que la exactitud y la pulcritud se logran sin un solo desfallecimiento.

GRAHAM GREENE

(1) Charles Moeller: *Literatura del siglo XX y cristianismo*, T. I. Trad. de Valentín García Yebra. Editorial Gredos, Madrid 1955.

EL MUNDO DE LOS LIBROS

(Viene de la pág. anterior)

te", aunque el instante—el de una emoción única—pueda durar horas. Impresionan por el triple motivo de su alta calidad literaria, de su propósito que me parece insólito en las letras hispánicas, y de revelar un segunda aspecto de Serrahima, narrador que en sus novelas no se ha desarrollado hasta ahora en el mismo grado. Un aspecto que en Serrahima era previsible, que esperábamos y que rinde aquí en efecto todo lo que se aguardaba de él: la introspección llevada al grado más agudo, o, puesto que no siempre habla el autor de su propia experiencia, el trabajo en profundidad sobre una superficie muy reducida.

Los "Cuentos del instante" de Serrahima tienen poco que ver con la gracia del instante fugitivo y anónimo del que Katherine Mansfield y Virginia Woolf sacaron tan maravilloso partido, sin poder impedir que la insistencia en el tema produjera una rara sensación de vacío porque la gracia del instante es el adorno de la vida, pero el fundamento de la vida está en otra parte; y, cuando la gracia del momento intrascendente pasa a ser contemplación y se vuelve trascendente, repudia hasta aquel resto de anécdota que queda en el cuento más poético y más impresionista. Los "Cuentos del instante" de Serrahima cristalizan todos en torno a temas esenciales: la muerte, el regreso, la oleada del recuerdo, la ausencia:

"Ella se había acabado súbitamente, en un momento preciso que él no había podido recoger, el momento en que dejó de reconocerla sobre cubierta. No viajaba ya en el espacio, sino en el tiempo, y el tiempo es irreversible... Estaba dentro del tiempo impenetrable; es decir, no estaba en ninguna parte." No es nada fácil pronosticar si Serrahima hallará medio de incorporar a la novela de caracteres y costumbres este aspecto suyo en su forma más típica. Sabemos hoy que ese milagro no es imposible, aunque continúe siendo milagro en cada caso. No sería extraño tampoco que Serrahima repartiera sus diversas posibilidades en diversos tipos de novela, como las reparte en este volumen de cuentos. En todo caso, lo que la novela no recoja seguirá derramándolo en la narración breve; tampoco sería concebible que Serrahima dejara de escribir cuentos. No sólo las distintas partes de una obra, sino el conjunto de las obras de un autor componen su fisionomía y la de su mundo. Y parece muy claro que es un mundo completo, con todas sus piezas, no sólo un clima y un mundo poético, lo que debemos esperar de la vocación de Serrahima y del saber de su madurez.

P. CRUSAT.

JOSE M.ª CASTRO CALVO

ANTE EL MISTERIO

Y OTROS ENSAYOS

El catedrático y erudito, tan conocido por su anterior obra de crítico y ensayista, se enfrenta con el mundo de la ficción en esta colección de novelas breves, sorprendentes por su penetración en el área de lo cotidiano que eleva a lo trascendente y poético.

Un volumen de 246 páginas. 50 ptas.

"Colección INSULA"

Le ofrece otros interesantes libros de narraciones o prosa poética

I.—Luis Cernuda. *Ocnos.*

VIII.—Julián Ayesta. *Helena o el mar del verano.*

IX.—Rafael Montesinos. *Los años irreparables.*

X.—Francisco García Pavón. *Cuentos de mamá.*

XIII.—José Antonio Muñoz Rojas. *Las cosas del campo.*

XIX.—José Corrales Egea. *Por la orilla del tiempo.*

XXI.—Juan Ruiz Peña. *Historia en el Sur.*

XXII.—Joaquín Romero Murube. *Pueblo lejano* Ptas. 50.

XXIII.—Alonso Zamora Vicente. *Primeras hojas.* Ptas. 40.